

Ser hombre en contextos de pobreza: el significado de la masculinidad

Men in contexts of poverty: the meaning of their masculinity

Mónica Solange De Martino¹

RESUMEN

El presente artículo intenta ser una primera aproximación a la problemática que el título anuncia. Se basa en la investigación *Ser Hombres, Ser Padres en Contextos de Pobreza*, que aún se encuentra en su fase inicial de recolección de material empírico. No obstante, los testimonios de vida recogidos se analizan a partir del referencial teórico de P. Bourdieu y R. Connell, básicamente. Se intenta descifrar cómo hombres relativamente jóvenes han construido sus masculinidades en contextos verdaderamente adversos a partir de los conceptos de *habitus* y *estrategias*, entendiendo al género como una práctica social en sentido amplio.

Palabras claves: Masculinidades. Pobreza. Género.

ABSTRACT

This paper intends to be an approach to the problem that the title announced. This paper is based on research *Being male, being parent in Contexts of Poverty*, which is still in its initial phase of collecting empirical material. However, life testimonies collected are analyzed from the theoretical framework of P. Bourdieu and R. Connell. We try to figure out how young men have constructed their masculinities in truly adverse contexts from the concepts of *habitus* and *strategies*, understanding gender as a social practice at large.

Keywords: Masculinities. Poverty. Gender.

¹ Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, área de Infancia, Familia y Género.



Esta obra foi licenciada com uma Licença [Creative Commons - Atribuição 3.0 Não Adaptada](https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/).

1 INTRODUCCIÓN. ESTOS HOMBRES

Ser hombres no constituye una categoría unívoca, por el contrario, es histórica y socialmente construida, asumiendo diferentes configuraciones en contextos socio-históricos específicos y también en generaciones específicas. Por ello, al señalar hombre y además adultos jóvenes, debemos entender las influencias culturales, sociales, económicas y políticas que inciden en esa denominación. (FEIXA, 2006; MARGULI, URRESTI, 2008).

Teniendo como grandes referencias estos criterios, el presente artículo tiene como objetivo ilustrar, cómo hombres, en el tramo de edad entre los veinticinco y treinta y cinco años, pertenecientes a segmentos sociales pobres, han construido y construyen su identidad masculina.

La investigación en curso: *Ser Hombres, ser padres en Contextos de Pobreza* se basa en testimonios de vida de hombres que pertenecen al tramo etaria ya indicada. Viven en una de las zonas marginales más extensas y características de los suburbios montevideanos. Han conocido el hambre, el vivir en la calle, han convivido con el tráfico de drogas, la balas en la noche, los asaltos y asaltantes. Pero también han convivido con el trabajo digno mal pago, con vecinos trabajadores y consejeros, con gestos de solidaridad que recuerdan con mucha emoción. Duros, endurecidos, pero hombres que lloran, profundamente, provocando largos silencios en las entrevistas y la necesidad de concurrir a ellas equipadas con pañuelos desechables, ante la emoción que se desata en cada encuentro. Corpulentos, en su mayoría, duros, muy masculinos, pero lloran, por su madre, por su novia que los abandonó, porque recuerdan a su padre, porque se han enfermado...y porque al narrar su vida perciben que a pesar de todo *las cosas ha funcionado*, parafraseando a una de las últimas películas de Woddy Allen. En otras palabras, tan mal no les ha ido, cuando la cuna indicaba la mera sobrevivencia.

Realizamos una advertencia teórica, al ser éste uno de los primeros productos de la investigación, y al no estar terminada la recolección del material empírico, dejamos de lado el análisis del marco institucional en el cual se desarrolla el trabajo de investigación y en el que se enmarca la actividad

laboral de los entrevistados. A nivel institucional la tarea de investigación implica la realización de entrevistas en profundidad a agentes técnicos y políticos y el análisis de material documental. Este dispositivo será motivo, tal vez, de un futuro trabajo. En esta oportunidad solamente colocamos algunas pistas para ubicar a los lectores.

Desde otra perspectiva, hablar de segmentos sociales pobres debemos recalcar algo obvio: no se trata de una realidad social homogénea, por el contrario, es compuesta por segmentos diversos en función de variados factores, dentro de los cuales se encuentran aspectos económicos y el modo de vida familiar y de clase. En líneas generales, los hombres entrevistados, provienen de familias sumamente pobres. Como ellos se autodefinen, provienen del “cante”², algunos de los cuáles aún siguen viviendo en él. Sus niveles de instrucción se limitan a educación primaria, muchas veces culminada ya como adultos y la mayoría de ellos inició su trayectoria laboral como “cartonero”, “requechero” o, en la denominación políticamente correcta, como “clasificador de basura”.

Cuidan su cuerpo, para el trabajo pero también para el placer o con un sentido estético propio de subculturas juveniles (piercings, tatuajes, peinados con gel, etc.), como buscando una juventud que se va, en un contexto institucional³ que trabaja exclusivamente con jóvenes. Los *viejos* - como se autodefinen – buscan y dejan marcas en su cuerpo que les hablen aún de juventud y los acerquem al universo femenino del medio laboral sobre el cuál ejercem sutilmente relaciones de poder que muchas veces se expresan afectiva o sexualmente.

Sus familias de origen, en la mayoría de los casos, fueron monoparentales, y presentaron figuras paternas o maternas ausentes, frágiles o, si bien presentes, con personalidades adictivas y/o problemáticas. En general, fueron familias numerosas y con trayectorias de vida sinuosas, algunas de las cuáles incluyeron el éxodo del interior a la capital.

Respecto a las familias que han construido son en general nucleares y llama la atención el escaso número de hijos tenidos, siendo muy clara y

² Diminutivo de “cantegril”, denominación dada a barrios populares de extrema pobreza, conocidos en Brasil como favelas, villas miseria en Argentina, etc.

³ La investigación se desarrolla en una ONG de índole religiosa, que se encuentra ubicada en una zona pobre y extensa de los suburbios montevideanos.

explicitada una política de control de la natalidad, asociando mayor número de hijos con mayores niveles de pobreza y menores niveles educativos para su prole. Sólo en dos casos encontramos vidas afectivas caracterizadas por la formación de diversas familias nucleares, en uno de ellos de manera simultánea.

Sus hijos, a quienes asignan un gran valor como veremos posteriormente, son socializados, tanto hombres como mujeres, transmitiendo normas, valores y representaciones que ordenan la vida social de acuerdo a relaciones de género asimétricas, en la mayoría de los casos. Además de orientar a las nuevas generaciones hacia la asunción de un autocontrol, una regulación y una contención de impulsos y afectos, en lo que Elías ha denominado “civilización de la infancia”. La institución en la que trabajan como coordinadores, teniendo personal joven bajo su responsabilidad, refuerza ese ideario siendo profundamente masculinizante en torno a los valores considerados hegemónicos (CONNEL, 1987)

Estos hombres personifican procesos de movilidad social ascendente con relativo éxito, a partir de valores que en sus familias fueron dados fragmentariamente: estudio, trabajo, respeto a la propiedad y al vecindario.

2 BREVE REFERENCIAL TEÓRICO

Para comprender el proceso socializador, el concepto de *habitus* es un recurso teórico relevante. De acuerdo a Bourdieu (1982a) , *habitus* consiste en sistemas de orientaciones y disposiciones durables, adquiridas en la vida social y que pasan a orientarla, configurando un *ethos*, o estilo de vida, entendido como la expresión simbólica de las condiciones sociales objetivas vividas por los sujetos o como la *historia hecha carne*.

El autor analiza el papel de la familia en la reproducción social, es decir, en la difusión de códigos específicos entre generaciones, que posibilitan la orientación de las prácticas y representaciones de los hijos, de acuerdo con la posición de la unidad doméstica en el contexto social. Por la socialización familiar, el niño o la niña incorpora determinado capital cultural, entendido como

el conjunto de referencias transmitidas por los *habitus*. (BOURDIEU, 1998) El autor define *habitus* y *campo* de manera muy sintética:

hay una génesis social de una parte de los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción que son constitutivos de lo que llamo *habitus*, y por otra parte estructuras, y en particular de lo que llamo campos y grupos, especialmente de los que se llama generalmente las clases sociales.(BOURDIEU, 1987a: 127)

En lo que el autor ha denominado como constructivismo estructuralista o estructuralismo constructivista (BOURDIEU, 1997, 1999) entre *campo* (momento objetivo junto a otros componentes) y *habitus* (momento subjetivo también junto a otros componentes) existe una complicidad ontológica de manera tal que el agente puede *jugar el juego* del campo con un *habitus* históricamente apropiado.

En lo que respecta al tema en cuestión, lo que interesa es develar cómo, en los lugares sociales que ocupan estos varones, en la intersección de diversos campos – clase social, religioso, etc. – expresan ciertos *habitus* con relación a cómo entienden la masculinidad o su propia identidad en tanto varones.

El concepto de *habitus* bien puede ser ampliado a partir de otros autores. El análisis de Setton (2009) propone la constitución de un “*habitus híbrido*”, formado a partir de diferentes agencias que difunden a los/as niños/as y adolescentes orientaciones culturales específicas, que componen una matriz de referencias múltiples. Si los *habitus* son híbridos, su incorporación no se da sin confrontaciones, ya que ellos no se imponen integralmente a las nuevas generaciones. En algunas situaciones, las orientaciones transmitidas por los padres entran en confrontación con los intereses de los hijos, sobre todo durante la infancia, en estos casos, cuando hay ya cuestionamientos a la autoridad parental y ya una mayor autonomía individual por la vía de los hechos.

En el caso de los sectores populares, y de acuerdo a lo indicado por los testimonios de vida recogidos, el crecimiento de los hijos desencadena disputas y tensiones, sobre todo cuando estos hombres ingresaron precozmente al mercado de trabajo – aunque sea informal – y se tornaron en proveedores o co-proveedores familiares, alterando su posición en el seno del grupo doméstico (ROMANELLI, 2008). Las trayectorias de vida analizadas nos

permiten inferir que la inserción de los entrevistados en otros universos sociales como el mundo del estudio o del trabajo implica una transformación de sus *habitus*, indicando que éstos no son inmutables pero sí pautados con cierta flexibilidad.

Parecería que tales enfrentamientos no ocurren sólo con los padres, sino que poseen una extensión mayor. Los entrevistados indican sus dificultades para trabajar con los jóvenes de hoy – con los mismos problemas que ellos sufrieron y a edades similares - *habitus* y estilos de vida tienden a confrontarse. Son habituales las expresiones tales como: “*Ahora no tienen hábitos de trabajo*”; “*Están para la ropa y nada más*”; “*No se hacen cargo de los hijos*”; “*Las mujeres avanzan igual⁴*”, etc. Los entrevistados mismos indican que las relaciones intergeneracionales, en el mundo del trabajo, tienden a asumir contornos de tensión. Su experiencia es considerada inadecuada para orientar a estas generaciones actuales tanto por los propios entrevistados como por los propios jóvenes que integran las cuadrillas de trabajadores bajo su responsabilidad.

Una generación sólo puede ser entendida en relación a otras que la preceden y cada segmento de esa generación adquiere una conciencia generacional específica, en función de la integración de sus miembros en determinados universos sociales. Esa conciencia es caracterizada por la historicidad, referida a la capacidad del sujeto para localizarse con relación a un pasado y a un futuro, que está más allá de su experiencia individual, y por la experiencia que forja la constitución de su *self*, como instancia única y separada. (FEIXA, LECCARDI, 2010)

Paralelamente, tanto la acción socializadora de la familia como la sociabilidad con el grupo de pares contribuyen para la socialización de los jóvenes y para la constitución de su subjetividad y sus identidades de género. Los jóvenes del sexo masculino tejen relaciones de sociabilidad intensa con sus pares, especialmente con aquellos del mismo sexo, lo que caracteriza lo que podríamos llamar de androsociabilidad. Eso lo demuestran los relatos que hablan de salidas, juegos compartidos, trabajo, bromas, etc., siempre realizadas junto a grupos de amigos también varones y heterosexuales. De

⁴Refieren a que ahora las adolescentes o jóvenes toman la iniciativas en las relaciones afectivo-sexuales del mismo modo que antaño lo hacían solamente los varones.

tales grupos aprenden también atributos que contribuyen a la formación de su identidad de género, es decir, de los elementos que socialmente definen las masculinidades.

La identidad personal, constituida por la biografía de la persona, proporciona el sentimiento de unicidad y de que se es diferente de los otros (GOFFMAN, 1988). Ya la identidad social, elaborada por medio del contraste y de la oposición “nosotros – otros”, incluye los atributos adquiridos e incorporados en la convivencia en diferentes espacios sociales (OLIVEIRA, 2006). En este sentido, las referencias identitarias forjadas en el grupo de pares, tanto en la semejanza entre jóvenes cuanto en la relación de alteridad entre ellos, son fundamentales para la constitución de su subjetividad, entendida como conjunto de afectos, percepciones, deseos que animan los sujetos, y que forja una conciencia cultural históricamente fechada que contribuye para la constitución permanente de su self (ORTNER, 2007)

En este cuadro de reflexión, se puede articular el concepto de identidad en cuanto expresión social de lo privado, de los afectos, con las formas de sociabilidad. Más allá de su dimensión social, las formas de sociabilidad tienen contenidos emocionales variables que permean los vínculos entre jóvenes que pueden comprender desde la amistad estrecha hasta cierta indiferencia o antagonismo. La amistad es caracterizada por lazos próximos e íntimos con personas con las que se tiene afinidad y con las cuales son establecidos vínculos sociales y con las que cada uno comparte su subjetividad expresada en sentimientos, deseos y temores.

La sociabilidad vivida en los grupos de pares de jóvenes de sexo masculino se manifiesta de modo libre y lúdico en las relaciones jocosas, en la acepción dada por Radcliffe-Brown (1971), en bromas institucionalizadas de carácter pendenciero. El carácter aparentemente inamistoso y desafiador de estas bromas traduce, en el plano social y subjetivo, las diferencias y contrastes entre los participantes y actúa como elemento que permite expresar semejanzas entre ellos, colaborando para la constitución de las masculinidades (ROMANELLI, 1995) Por otro lado, el relacionamiento entre jóvenes es caracterizado por relaciones de evitación (RADICLIFFE-BROWN, 1971) que los llevan a alejarse de los que pertenecen a otros grupos y tienen posturas distintas a las suyas.

La subjetividad también está presente en la constitución del género, es decir, en la atribución de significados, histórica y socialmente orientados a los cuerpos sexuados. Los estudios feministas (LAURETIS, 1994; LOURO, 1997; SCOTT, 1990) ya demostraron que no hay matriz biológica en la constitución de las representaciones sobre lo femenino y masculino y que ellas son socialmente construidas en cada momento histórico. Al mismo tiempo, diversos autores ya tornaron claro que las relaciones de género son atravesadas por el poder masculino lo que torna importante analizar la constitución de las masculinidades para entender la dominación masculina y las relaciones entre hombres y mujeres.

Bourdieu (2007) ha hecho contribuciones relevantes al discutir la cuestión de la virilidad como componente de las masculinidades. Las diferencias corporalmente visibles entre lo masculino y lo femenino, constituidas socialmente, se tornan el imperativo social de la organización de las relaciones entre géneros. Esta visión del mundo instituye el falo como símbolo de la virilidad y de la visión androcéntrica de la división sexual del trabajo. Se trata de un fundamento que constituye los cuerpos y el ethos “en un trabajo y por un trabajo de construcción práctica, que impone una definición diferencial de los usos legítimos del cuerpo, sobretudo los sexuales, y tiende a excluir del universo de lo pensable y de lo factible todo lo que caracteriza pertenecer al otro género” (BOURDIEU, 2007:33).

Kimmel (1998) argumenta que las masculinidades son socialmente construidas, variando de acuerdo a la cultura, y se modifican con el transcurso del tiempo así como durante la trayectoria vital del sujeto. En consonancia con Scott (1990) tal autor afirma que los géneros son recíprocamente constituidos vía relaciones de poder entre hombres y mujeres, así como en la relación de aquellos con sus pares. Kimmel (1998) postula que la masculinidad comprende un conjunto de significados y comportamientos en constante transformación, pero, por otro lado, propone un modelo general de masculinidad en cada cultura, una versión a partir de la cual las otras se basan.

Las diferentes matrices de masculinidad son constituidas en interacción con variables como clase, edad, etnia, que pueden influenciar fuertemente lo que la masculinidad significa para los agentes. Sin embargo, las clases deben ser consideradas con relación a luchas internas en el campo de lo masculino,

conforme a las premisas y valores de las diversas formas de capital (económico, cultural, social) (COLES, 2009). De allí la importancia del concepto de *habitus* que congrega las disposiciones, estructuralmente incorporadas, que los hombres utilizan para negociar la masculinidad. Este autor considera que la lucha por la definición de la virilidad y sus prácticas correlativas originan distinciones entre grupos dominantes y subordinados. Así, la masculinidad hegemónica puede ser usada para describir la forma considerada culturalmente dominante en un momento histórico y que está sujeta a modificaciones. Connell (1995:39) la define de la manera siguiente:

(...) la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.

El concepto de hegemonía masculina dista de poder compararse con el “rol sexual masculino”, aspecto de gran relevancia teórica. No se trata de roles, sino de un modelo de masculinidad ideal que no necesariamente corresponde al de la mayoría de los hombres. Por otro lado, si bien existe una conexión entre masculinidad hegemónica y violencia patriarcal, Connell señala que “(...) hegemonía no significa dominio cultural total, eliminación de alternativas. Significa el poder alcanzado dentro de un equilibrio de fuerzas, es decir, un estado de situación.” (CONNEL, 1987:184). Por tanto, lo que interesa no es necesariamente lo poderosos que son los hombres sino lo que sustenta su poder, lo consiente y lo reproduce.

Los análisis de Coles (2009) y Kimmel (1998), que interpelan y complementan las posturas de Connell, suponen el embate entre grupos de hombres como parte de la estructura de relaciones de género. Las proposiciones de Coles (2009), al incorporar los conceptos de *habitus* y *campo* de Bourdieu, amplían el debate y evidencian cómo la experiencia de la masculinidad, asociada a la formación del *habitus*, organiza disposiciones y el sentimiento inconsciente de su vivencia, ya que la masculinidad es cotidianamente experimentada al mismo tiempo en que es reafirmada. Algunos estudios producidos en Brasil se dedican a investigar relaciones de género y masculinidad en los sectores populares (COUTO, 2005; OLIVEIRA, 2004; SALEM, 2006). Entre ellos, Salem (2006) analiza el modo como en los sectores

populares las relaciones de género son pautadas por tensiones y por la expresión viril de la sexualidad y como eso se refleja en la identidad masculina. Así, aunque las relaciones de género sean marcadas por el modelo jerárquico, la construcción de la masculinidad y femineidad se da por medio de relaciones de reciprocidad y disyunciones/tensiones. En tanto la socialización del niño es marcada por el rompimiento con relación a la unidad doméstica, la de la niña ocurre en la casa y para la casa, sea por el mayor control familiar ejercido sobre ella, sea por las responsabilidades relativas al cuidado con el espacio doméstico y con los hermanos menores, cabiendo a la mujer la atención y la estima por el universo privado de las relaciones domésticas. Salem (2006) sintetiza esta constatación en la ecuación: vínculo (mujer) x circulación (hombre) = polos que se complementan, ya que ambos expresan funciones de gran importancia para la reproducción social de la familia.

Por otro lado, la socialización diferencial de hombres y mujeres redundando también en valores diversos en el ámbito conyugal: en tanto la mujer está comprometida a establecer lazos fuertes con su pareja, el hombre tendría la tendencia a circular, a establecer vínculos tenues con su pareja, situación en que la traición masculina parece ser consentida constituyendo manifestación de virilidad. De acuerdo a cierta literatura, la vocación de los hombres en los sectores populares para la circulación sería radicalizada por su posición de clase, presionada por la amenaza o vivencia del desempleo, más allá de los bajos rendimientos por ellos alcanzados, que dificultan la realización del papel de hombre proveedor, incitándolos a desenmarañarse de vínculos regulares. De esa manera, es posible que el hombre afirme físicamente su virilidad, como forma de compensar su fracaso en el ejercicio de ser proveedor, reafirmando la importancia de la sexualidad como recurso identitario (SALEM, 2006). Tal proceso conduciría a la individuación del hombre que se refleja en las relaciones conyugales y familiares.

Pero los discursos de nuestros entrevistados no se acoplan a la línea de interpretación aportada por Salem (2006). Estos hombres poseen, dentro de la pobreza, salarios dignos, que superan ampliamente lo que habitualmente aporta cualquiera de sus vecinos. Sus salarios, aunque bajos, oscilan entre los 15.000 y 20.000 pesos uruguayos mensuales. Superan ampliamente, por lo menos en tres veces, el salario mínimo nacional. Reconociendo que son

salarios escasos, estamos indicando que en el contexto social en el que sus vidas se han desarrollado, estos ingresos les permiten cumplir el papel de proveedores. A modo de ejemplo, todos tienen auto y/o motos, todos sus hijos concurren a centros educativos, incluso, en algún caso, centros educativos privados. Por entender la masculinidad de cierta manera, en algunos casos las compañeras no trabajan, por lo tanto el ingreso familiar es el que se deriva de su trabajo.

Por lo tanto la circulación afectivo – sexual en este caso no aparece asociada al fracaso en su inserción en el mercado de trabajo. Las tareas que desarrollan y la institución en la que lo hacen, agrega un plus simbólico al ingreso económico. Son educadores, han hecho cursos variados de especialización, pertenecen a una institución reconocida en la zona, aconsejan a jóvenes. Creemos, en una primera lectura, que ese capital simbólico y cultural es el dispositivo que sustenta tal circulación, además del apego a rasgos de la masculinidad hegemónica: el hombre puede y debe ser infiel, puede y debe tener un rendimiento sexual superior, etc.

Desde otra perspectiva, emerge en el plano teórico, pero también en la convivencia entre hombres y mujeres y en las representaciones de sentido común, la idea de crisis de la masculinidad, que se expresa en descontentos de cara a las prácticas y representaciones de las relaciones de género, ya sean éstas tradicionales o en proceso de transformación. Tales insatisfacciones están presentes tanto en hombres o mujeres y han sido registradas con mayor frecuencia en clases medias, intelectualizadas, más abiertas a propuestas modernizadoras en las relaciones de género. Si en los discursos de hombres de tales segmentos sociales se reiteran vivencias de crisis e insatisfacción, en los sectores populares encontramos una mayor adhesión a los valores tradicionales que se pueden traducir en el “orgullo de ser hombre”, en cierta nobleza que hace a la masculinidad – el ser noble, esforzado, poseer valores irrenunciables, etc.

Ese “orgullo” es un elemento dotado de positividad. Pero también en tales sectores sociales existe cierta aceptación positiva de los fardos, de los pesos de la masculinidad, como el papel de proveedor, cierto papel pedagógico con relación no sólo a los hijos sino a sus compañeras, a lo que se suman las otras responsabilidades asociadas al hombre.

“Ser hombre es mantener la casa, que la mujer no salga a trabajar y cuide del hijo, y cuidarlos, es eso”.

“Ser hombre es hacerse cargo de la familia, en todo, que no les falte nada, ni educación, ni comida, ni cariños, ni consejos”.

“Y... ser hombre es mantener la casa, a la esposa y los hijos y ser buen padre, no solo dar cosas, saber escucharlos, eso..”

Sin embargo, la incorporación de las responsabilidades imputadas a los hombres, o el fardo de la masculinidad, puede generar insatisfacciones y crisis frente a la incapacidad de realizar ese modelo de masculinidad (Olivera, 2004), lo que puede llevar a la adhesión a valores tradicionales. Así por ejemplo, de acuerdo al material empírico recolectado, en casos de rompimiento de matrimonios por infidelidad de la mujer, ese apego a valores tradicionales se expresa en un profundo dolor, casi en una herida fáctica. Pero posteriormente en una modificación de la estética – presentación del cuerpo – a través de la cual el hombre en cuestión se trasmuta subjetivamente en un hombre “más joven”, “más atractivo” y en actitud de cazador de nuevas mujeres. En otro caso, cuando la relación la rompe la mujer, el hombre, dolorido y aún llorando por el amor perdido, no realiza una llamada telefónica ni intenta un nuevo acercamiento, por considerarlo de “poco hombre”. Ser hombre es soportar el dolor, en estos casos, y no mostrarse “penando por un amor”.

En una línea de análisis divergente de Oliveira (2004), Pinho (2007) que desarrolló una investigación etnográfica en una zona popular de la región metropolitana de Río de Janeiro, a partir de las formulaciones de Giddens (1997, apud PINHO 2007) respecto a la modernidad, afirma que en el contexto estudiado, las características de los proyectos individualizantes, teniendo en cuenta las limitaciones de clase social, remitían a construcciones modernas, dada su aproximación a modos de vida de clase media. El autor afirma que por más que las condiciones materiales de existencia de la comunidad en cuestión fueran precarias, las transformaciones estructurales de la modernidad llevaron a alteraciones en la posición de la mujer en el mercado de trabajo, así como nuevos padrones en las relaciones entre lo público y lo privado, redundando en modificaciones en las relaciones de género, en la sexualidad y en la constitución de identidades.

El autor constató conductas extremadamente machistas por parte de hombres jóvenes, en el sentido de someter a sus compañeras a sus deseos

sexuales, pero no imputa su causa a la socialización en códigos tradicionales, ya que esos hombres jóvenes

están vivenciando esa modernización de sí como una contradicción en relación a estructuras sociales. Contradicción de los ideales de igualdad y de individualización delante de la estrechez de sus oportunidades sociales y de la desigualdad real, reproducida diariamente por medio de las diferencias de género, del racismo y de la pobreza (Pinho, 2007: 144).

Esa desigualdad es bastante apremiante para estos hombres jóvenes pobres analizados por Pinho, en función de determinantes estructurales que dificultan su inserción en el mercado de trabajo y que los remunera con salarios reducidos, tornándolos más expuestos a las diversas formas de violencia, tanto como autores como víctimas.

De acuerdo a Souza e Lima (2006) las causas de ese fenómeno son varias e intercambiables, destacándose las consecuencias del crimen organizado, del tráfico y uso de drogas, fenómenos que comprenden la compleja relación entre género, juventud y violencia. La condición masculina torna a los hombres, particularmente a los jóvenes de los sectores populares, más expuestos a muertes violentas. Los desafíos de la virilidad entre pares exigen que el hombre actúe muchas veces con agresividad, lo que configura, de acuerdo Badinter (1993), la virilidad peligrosa, que se expresa en las bravuconadas masculinas, con consecuencias negativas para los jóvenes. Es en ese sentido que es importante analizar la expresión y práctica de la virilidad discutidas por Bourdieu (2007) y Salem (2006), articulándolas con la socialización y la constitución de *habitus* en la familia y en el grupo de pares. Es importante ver cómo ellas contribuyen para la constitución de identidades, subjetividades y masculinidades en los sectores populares y también para las transformaciones que las generaciones vivencian con relación a las anteriores.

3 PRIMERAS REFLEXIONES SOBRE SOCIABILIDAD FAMILIAR, MASCULINIDAD Y GENERACIONES.

Dentro de los arreglos familiares de origen de los seis entrevistados, hay solamente una sola familia nuclear, cuatro de ellos incorporan familias

monoparentales a cargo de mujeres y uno a cargo alternativamente del padre y/o abuela paterna. La diversidad de estos arreglos familiares se refleja en la constitución de la sociabilidad familiar y en la dinámica afectiva de los informantes. La mayoría relató que trabajaron desde niños para colaborar en la economía familiar o directamente para su manutención. En general, todos comenzaron a trabajar siendo “requecheros” o “clasificadores” o en trabajos de escasa o casi nula capacitación en el sector fabril o de servicios. En estos dos últimos casos, el ingreso al mercado laboral se inicia un poco más tardíamente, en una adolescencia temprana, mientras que en los otros casos se trabaja en lo que se pueda desde niño. Incluso algunos de ellos narraron períodos en los que su condición era estar en “situación de calle” y apelaron para su manutención a instituciones públicas de diversa índole (merenderos, comedores o la propia institución en la que se desarrolla la investigación). En cuatro de los seis casos la figura paterna estuvo asociada al alcoholismo, lo que no significa una apreciación subjetiva directamente negativa por parte de los entrevistados, o, a la distancia, hay una suerte de mirada o manto de olvido, perdón o comprensión. No así en los casos en que la madre es considerada – de acuerdo a la mitología familiar construida – una perdida, una callejera o una madre que abandonó a sus hijos. Existe un mayor rigor a la hora de juzgar a sus progenitoras en esa mirada retrospectiva.

Pero volviendo al ingreso al mercado laboral – o de simple subsistencia – más allá de las circunstancias en que lo hicieron, el hecho de trabajar trae siempre aparejado cierta independencia en relación a los padres o madres, hermanos o familia ampliada y permitió a estos hombres acceder a algo que es una constante en sus discursos: el trabajo como fundamento de la masculinidad y de la identidad masculina. Trabajos duros, pesados, sucios, que se realizaron siempre con el afán de superación, vividos como transitorios hacia un más allá que será mejor si ellos traspasan la prueba de la hombría en el mercado laboral. Esa prueba de la hombría en el mercado laboral es asociada, en los discursos, con el aprendizaje de oficios – aunque sea perfeccionando el “requecheo”–; con la capacidad de permanencia y mejoramiento en los puestos de trabajo; con la capacidad de automantenerse y luego mantener a su familia e hijos; con el ser mejor persona a través del trabajo.

Paralelamente, el ser padre es otro elemento, digamos el segundo en cierto orden dado en los discursos, marcado con gran fuerza, como componente de la masculinidad y que otorga identidad a lo viril. Ser padre, embarazar, engendrar, cuidar, participar en la crianza de sus hijos, dialogar con ellos, educar. Ser padres es, para estos hombres, no sólo engendrar, sino una condición casi pedagógica: dar consejos, hablar, estar con. Sienten gran culpabilidad cuando, por la jornada laboral, no pueden acompañar a sus hijos todo lo que quisieran. En otros casos, optan por una jornada laboral menor para dividir las tareas hogareñas con sus parejas para poder cumplir ese aspecto viril del ser padre: cuidar. Llama la atención que una función siempre asociada al universo femenino como es el cuidado, esté fuertemente asociada a lo viril en los discursos de estos hombres, obviamente en la mayoría de los casos: cuatro en seis.

Pero el énfasis es colocado en ese aspecto. Analizando con más atención lo referente a la división de las tareas domésticas, la mayoría de los entrevistados colabora en las tareas domésticas, pero solamente dos lo hacen digamos con una mirada más equitativa entre los géneros. El resto las realiza pero son el fuerte de mujeres: compañeras, suegras, madres. En dos casos resalta el hecho de la ausencia de compañeras trabajadoras: ambas compañeras han abandonado tareas y solamente se dedican al hogar, y en sus discursos dejan expresar cierta dosis de aislamiento y soledad.

El universo femenino para estos hombres, respecto a sus compañeras, es en general bipolar: o dividen tareas y sus compañeras además poseen trabajo o, en el polo opuesto, la mujer se queda en el hogar cuidando al/los hijos y realizando las tareas de reproducción clásicas. Respecto a la educación de los niños o hijos adolescentes, incluso estos hombres aparecen con ese sesgo educativo, formativo, fuertemente asociado al ser un buen padre y buen hombre.

Si profundizamos más la relación con el universo femenino, en general son más próximos a sus madres o tienen mejores recuerdos de sus madres que de sus padres. En algunas situaciones esto se explica por el abandono vivido por parte de sus padres. En otros casos, cuando la madre es la “mujer perdida” – aunque mantengan vínculo con ella o la conozcan – es la figura paterna la exaltada. Sólo en un caso, donde como ya se dijo la familia de

origen era un arreglo nuclear, aún reconociendo la bondad y sacrificio de la madre, es la figura paterna la exaltada en términos de sapiencia y consejos.

En los discursos se nota una diversidad de experiencias respecto a la relación con los padres que se expresan no solamente en la sociabilidad, sino que se sitúan en la esfera de la subjetividad. Es decir, en el terreno de la manifestación y vivencia de los sentimientos en relación a sus progenitores o sustitutos. La socialización familiar implica la incorporación de disposiciones tributarias de determinada posición en el espacio social, proceso que está embebido de afectividad, o sea, de manifestaciones de cuidado, celo, pero también de agresividad, a partir de las cuales estos hombres se identifican con sus padres y constituyen representaciones respecto a estas figuras. O, directamente, no se identifican y constituyen representación que expulsan el universo parental, o mejor dicho, ellos “escapan” de tales modelos.

Es esto último lo que sucede, en la mayoría de los casos: llama la atención que salvo en dos situaciones, el resto ha constituido familias monoparentales, han tenido pocos hijos, han planificado su paternidad, muchas veces con la oposición de sus compañeras. En los casos de separaciones, han vuelto a formar familias nucleares, no extensas y no han perdido el vínculo con sus hijos ya habidos.

Respecto a las relaciones de género, a lo que consideran qué significa ser hombre o ser mujer, en líneas generales las respuestas coinciden, todas apuntan, como ya fue dicho, a señalar que el trabajo, la paternidad, el cuidado de la mujer y de los hijos, el garantizar que la mujer pueda quedarse en su casa, constituyen los atributos básicos de lo viril. Lo femenino, por el contrario, se asocia, a la maternidad y al cuidado de sus hijos y de la casa, especialmente a no abandonar a sus hijos. Llama la atención que las madres de estos hombres han trabajado, y no entrarían en la definición de lo femenino, pues el trabajo no hace a su esencia de acuerdo al pensamiento de estos hombres. Es como si la madre no poseyera sexo, tuviera un halo asexual.

4 ¿QUÉ ES SER HOMBRES PARA ESTOS HOMBRES? A MODO DE RESUMEN.

No obstante vinculen lo masculino al ser proveedor, buen padre y esposo, estos hombres “circulan” sexualmente tanto en el ámbito laboral como en el vecindario, pero son “prolijos”, hacen las cosas con cuidado, discretamente. Obviamente, la infidelidad está asociada con lo masculino tanto por hombre como por sus mujeres.

“La patrona es una cosa. La casa es la casa, después usted vió, no?”
 “Y... uno siempre tiene sus cosas, perfecto no hay nadie, pero mientras la señora esté bien y no falte nada en la casa”

El análisis de los discursos revela aspectos de la subjetividad en lo que tiene que ver con la construcción de la masculinidad. Esta aparece estar relacionada con la honra, la virilidad, al mismo tiempo en que la difusión de códigos modernos puede contribuir a la modificación de sus *habitus*, pues la mayor parte de estos hombres afirmó también la importancia de que el hombre sea compañero de su mujer, en condiciones de mayor igualdad.

En general, recurren a cierta concepción de honra (BOURDIEU, 1997) como elemento que constituye la identidad de género, pues piensan que el hombre precisa “imponerse” tanto a nivel público como privado, como una especie de agente moral: “el que dice la verdad”; “ el que da el ejemplo”, “el que educa”; “el que explica a la mujer”; “el que defiende su casa”; “el educador de otros jóvenes”; “el que es ejemplo de que se pueden superar situaciones”.

La honra, componente importante de la masculinidad, al mismo tiempo en que hace parte del repertorio cultural, parece ser auto-atribuida, es decir, subjetivamente vivenciada y auto-impuesta, y simultáneamente necesita de otro para ser comprobada y refrendada (BOURDIEU, 2007). En estos casos es refrendada y comprobada por la permanencia en la institución.

No obstante, la institución es un campo de encuentro con el otro sexo, y con otras mujeres que no son las compañeras. Debemos reconocer que si bien no fue explicitado en los discursos de manera verbal – solamente en un caso – gestualmente el tema quedó en evidencia. La presencia de mujeres y jóvenes en los grupos de trabajo que estos hombres coordinan, representa la

posibilidad de seducción, de relacionamientos afectivos o sexuales. Más que pautada en diferencias psicológicas, la expresión de la sexualidad es fruto de recursos sociales forjados a partir del valor que ella tiene para cada “nicho social” (Heilborn, 1999) Su ubicación como Coordinadores de Cuadrilla y agentes educadores potencia el ejercicio del poder, aunque sutilmente, ante las jóvenes trabajadoras.

En fin, a pesar de la predominancia de modelos tradicionales de las relaciones de género y de la reproducción de rasgos de masculinidades hegemónicas (CONNELL, 1987), la mayor parte de los entrevistados expresó alternativas a ese padrón. Esto ocurre principalmente cuando afirman la importancia de la equidad en esas relaciones y que no cabe más al hombre colocarse como el dominante y sí como aquel que procura establecer una posición relativamente igualitaria en las relaciones de género. Estas constataciones están en consonancia con aquellas documentadas por Nascimento e Gomes (2008) entre el mismo segmento social. Para estos autores, los hombres no se consideran solamente como proveedores de la familia, sino también como aquel que es capaz de cuidar, sea a través de tareas domésticas, del cuidado de los hijos o de otras tareas que en generaciones anteriores eran típicamente atribuidas a las mujeres.

Pero la ambigüedad es característica de los discursos recogidos y las consideraciones sobre la igualdad en las relaciones de género deben ser analizadas con cautela. Estas interpretaciones presentes en los discursos son enunciados que apuntan a la distribución de tareas domésticas puntuales, en la mayoría de los casos, y co-participación en la educación de los hijos, en algunos de los casos. Lo que sucede es que marcan las diferencias con la generación anterior – sus madres en general solas y recargadas de tareas o sus madres-mujeres de la calle. Pero también marcan las diferencias con las generaciones posteriores de las cuáles ellos son “educadores” en la Institución. Hoy los jóvenes, de acuerdo a los discursos y por unanimidad, no tienen compromiso con las chicas, las embarazan y no se hacen responsables, cobran el sueldo y se lo gastan en ropa, no ahorran, no planifican su futuro, etc. Las nuevas generaciones son fuertemente estigmatizadas por estos hombres pobres de mediana edad. La generación de sus padres también es criticada pero con mayor indulgencia. Al compararse, ellos escuchan más a sus

compañeras, colaboran en tareas del hogar, hablan más con sus hijos, no beben... o no han abandonado a su familia *aunque siempre alguna escapada hay*.

Si bien hemos señalado aspectos en común, no podemos tratar la masculinidad como algo homogéneo o unívoco. Coles (2009) evidencia que la masculinidad hegemónica se construye relacionamente amparada en diversos factores que preservan la manutención y determinación de la masculinidad legítima y de las ganancias simbólicas que derivan de ella. Para Epstein y Johnson (2009) que analizaron la constitución de género y sexualidad entre jóvenes británicos, la construcción de la subjetividad envuelve un círculo con diversos componentes. Las identidades socialmente reconocidas, especie de modelos de masculinidad y femineidad, son elaboradas en contextos específicos donde el grupo etario compone su “versión del yo”. A partir de eso, un conjunto de estrategias pautadas en las condiciones de vida y en la trayectoria biográfica del sujeto pueden ser elaboradas, de modo que los jóvenes pueden sustentar, desarrollar, rechazar su propia identidad. De acuerdo con los recursos de cada uno y de las relaciones de poder de que disponen, en situaciones específicas, el arsenal cultural más amplio incita a la reproducción de ciertas prácticas y representaciones difundidas por diversas instituciones que también pueden ser contestadas.

La construcción de la masculinidad resulta, por tanto, de múltiples procesos sociales y subjetivos y la relación con los pares constituye un referencial básico para ejercitar la condición masculina. El grupo de pares, tanto en la adolescencia como en el lugar de trabajo es un elemento que resalta en los discursos, si bien no son hombres de compartir espacios, solamente se mencionan asados realizados en el trabajo con cierta frecuencia.

Pero en su adolescencia el grupo de pares aparece como algo fundamental a la hora de la iniciación sexual y relaciones entre los sexos. Expresan haber tenido mayor libertad para conversar asuntos relativos al dominio afectivo-sexual con sus pares que con sus padres, además de tener la posibilidad de intercambiar experiencias. El contacto con los pares constituye un modo de amenizar el conflicto entre generaciones, es decir, las tensiones entre orientaciones parentales y las disposiciones juveniles. O, en otros casos,

sustituye a una generación ausente: los padres que no están o han decidido no estar.

5 GRUPO DE PARES, VECINDARIO Y EL RECHAZO A LA DELINCUENCIA. HABITUS QUE CONVIVEN

La condición generacional posibilita que los jóvenes se sientan pertenecientes a un orden etario semejante y específico al segmento social al que pertenecen. Además en el interior del segmento social en el cual están insertos se encuentran variaciones expresivas en la conducta juvenil y no se puede abarcar la juventud como agrupamiento social homogéneo. (FEIXA, 2006; MARGULIS, URRESETI, 2008). A partir de su diferenciación con la generación anterior y de su inclusión en un sector social específico, los jóvenes constituyen su identidad grupal sintiéndose próximos de los que comparten gustos y estilos de vida semejantes y, paralelamente, se distinguen de los que tienen conductas diferentes de las suyas.

Esto es bastante evidente cuando en los discursos aparece el rechazo a las actividades ilícitas realizadas por sus compañeros de vecindario cuando eran adolescentes. Es algo que mancomuna a los entrevistados como expresión de un grupo etario y social. Es lo que Radcliffe-Brown (1971) ha denominado relaciones de evitación. En los discursos, además de este tipo de relaciones, se expresan otras estrategias un poco más ambiguas: compartieron cierto nivel de amistad, compartieron actividades festivas –bailes, idas a bares, etc. – pero a la hora de las actividades ilícitas – *“cuando llegaba la hora de los fierros”* – se separaban del grupo. Era un acuerdo tácito: los adolescentes que infringían la ley respetaban tal decisión, y los entrevistados hacían oídos sordos y ojos ciegos a lo que oían o veían. Se desprende de lo narrado por los entrevistados que su convivencia es marcada por el contacto con manifestaciones del crimen organizado. Por lo tanto, desde esta perspectiva se refuerza la honra como elemento constitutivo fundamental de la masculinidad en sectores de extrema pobreza. Como todos ellos lo han señalado, con

palabras más o menos similares: “Todos mis amigos están en Comcar⁵ o terminaron muertos⁶ o en una zanja⁷”.

Este rechazo a actividades ilícitas tiene un origen que surge claramente en los discursos. La madre, el padre – si es que estaba – un hermano mayor o vecinos mayores – “*la gente bien*” o “*la gente buena del barrio*” – fueron agentes socializadores que indicaron el camino del “bien”. Ellos fueron los agentes prioritarios para incorporar ciertos *habitus* referentes a preceptos morales que evitaron que estos hombres, cuando adolescentes – no incursionaran en el crimen. Impacta mucho que a veces es sólo una frase repetida incansablemente, o es una sola frase dicha una sola vez o es un vecino que indica “*Usted vea....*” Es una frase que se repite en casi todos los discursos: “*Usted con estudio y trabajo logra lo que quiere. Usted tiene que hacer un esfuerzo, trabajar y estudiar*”.

6 CORTES Y APERTURAS

Si quisiéramos cerrar el artículo, señalaríamos que es algo imposible, pues nos encontramos ante primeras y primarias reflexiones. Pero intentaremos realizar algunas puntualizaciones, en términos esquemáticos. En primer lugar, nadie discute el valor heurístico del concepto de *habitus* con relación a la temática, pero su condición de *híbrido* y la confrontación que se deriva de ese adjetivo parecería que encuentran mayor resonancia teórica con el concepto de estrategia.

Lo que queremos indicar es que si la masculinidad o la femineidad es una práctica social no es cualquier práctica social, es más bien una estrategia. ¿En qué sentido? Como las define Bourdieu (1988a, p. 122):

(...) conjunto de prácticas, fenoménicamente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos o las familias tienden, de manera consciente o inconsciente a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase.

⁵ COMCAR: Complejo Carcelario. Cárcel de adultos dependiente del Ministerio del Interior.

⁶ Refieren muertos en enfrentamientos con la policía o entre bandas.

⁷ Refieren a muertes por ajustes de cuentas entre bandas.

De esta manera, podríamos hablar de *estrategias de masculinización*, entendidas como prácticas sociales que dejan de ser componentes esencialmente estructurales o subjetivos, para articular ambas dimensiones. Tales estrategias se encontrarían enraizadas en las vivencias familiares, en sus presencias y ausencias, y en ciertas marcas de clase viabilizadas por grupos de pares, vecinos, contextos laborales, acceso a bienes culturales, etc. Al hablar de clase social cabe señalar que obviamente el autor no hace referencia a patrimonio económico, solamente, sino a los diversos tipos de capital que indica en diferentes obras.

En tanto estrategias, significan por lo menos la definición de un camino o recorrido vital que, consciente o inconscientemente, se elige, con la información o desinformación que se posea, de acuerdo a la clase social a la que se pertenezca. No implica la aplicación de la razón en cada elección o paso a seguir, sino la forma de jugar o apostar a la *illusio* del campo en palabras de Bourdieu, entre las propuestas de los distintos *habitus* que aportan los diversos agentes socializadores.

A modo de rejilla analítica provisoria, podríamos indicar, teniendo en cuenta la tensión dialéctica entre campos y *habitus híbridos*, algunas características para las estrategias de masculinización que han sostenido los entrevistados.

Campo/grupo social	Bienes	Estrategias y/o bases axiológicas de las mismas	Componentes de la masculinidad
Religioso	No refiere a bienes desalvación sino a: 1. Bienes simbólicos (agentes educativos); y 2. Bienes económicos (estabilidad laboral, ingresos)	Superación de la pobreza de forma individual. Soporte humano colectivo aportado por la institución a partir de la adolescencia.	Hombre Proveedor. Circulación afectivo-sexual. Cuidado de la familia y de la prole. Masculinidad como pedagogía, transmisión de valores, etc.
Deportivo	Bienes simbólicos (agente educativo del grupo de jóvenes) y materiales (cuerpo formado, ejercitado)	Soporte humano colectivo, grupal.	Cuerpo masculino fuerte, resistente.

Económico	Bienes económicos. Ingresos que permiten figura del hombre proveedor.	Ingresos y estabilidad laboral, que como contrapartida exigen compromiso e identidad institucional.	Masculinidad como pedagogía, transmisión de valores, etc., al cumplirse el rol de proveedor.
Grupo/Clase Social	<p>Cuerpo para el trabajo, para la explotación. Cuerpo no cuidado desde el punto de vista sanitario por largo tiempo hasta alcanzar estabilidad laboral en la institución.</p> <p>Cuerpo para la diversión entre pares en los límites del barrio.</p> <p>Cuerpo para el placer</p> <p>Salvación individual.</p> <p>Bienes simbólicos y culturales relativos a principios éticos.</p>	<p>Ausencia de una mirada socio-política. Se es hombre cuando se superan adversidades solo.</p> <p>Iniciación sexual a partir de información de pares o compartida con pares. Dos tipos de estrategias: (i) tradicional: inicio sexual y posterior casamiento formal con primera novia; (ii) no tradicional: inicio sexual, relaciones esporádicas, varias parejas, hijos con varias compañeras, etc. Ambas estrategias pautadas por asunción de la paternidad de manera responsable. Fundamentación de estas estrategias: separación de los modelos parentales.</p> <p>Relaciones asimétricas de género.</p> <p>Estrategias de Evitación respecto a pares asociados a la criminalidad.</p> <p>Familia de origen que aporta modelos de identificación positivos produce estrategias de</p>	<p>Predominio del hombre, en tanto proveedor, en tanto compañero infiel pero responsable de cuidados.</p> <p>Equidad entre géneros. No se valora virginidad. No obstante existen aún formas de pensar tradicionales que asocian la iniciativa afectiva-sexual al varón.</p> <p>Predomina el deseo de varón a la hora del intercurso sexual.</p> <p>Relaciones de género falocéntricas.</p> <p>Ser hombre es salvarse de la pobreza solo.</p> <p>Ser hombre es aprender de la calle, lo bueno de la calle.</p>

		reproducción. Familia de origen que aporta modelos de identificación negativos produce estrategias de evitación. Vecindario, (buenos vecinos como agentes socializadores)	Trabajo, estudio, familia y paternidad como componentes de la masculinidad. Trabajo, estudio, familia y paternidad como componentes de la masculinidad pero por rechazo del modelo familiar de origen. Trabajo, estudio, familia y paternidad como componentes de la masculinidad.
--	--	---	--

Tabla 1: elaboración del autor.

No hay que olvidar que estos hombres provienen de los sectores de extrema pobreza, de la pobreza heredada por generaciones, hijos del “*cante*”, donde algunos de ellos aún viven por opción, pero en una situación diferente: son referentes educativos para el barrio, son los que se salvaron. Y eso marca profundamente su masculinidad: haber evitado el destino inscripto en su condición de lumpenes. Y eso no es poca cosa: transformar *habitus* y activamente aprovechar el campo y sus reglas de juego por más limitadas que éstas sean. Estos hombres resultaron ser buenos jugadores aún con escasos recursos. Por eso sus discursos poseen un sesgo casi heroico, hay algo de gesta en lo que narran con cierto orgullo. Pues para ellos ser hombres es ser gente buena, buenos vecinos, hombres que cuidan y honran a su familia. Y esto cobra mayor valor fáctico y contrafáctico, cuando su destino era, prácticamente, morir con un tiro en la nunca, hijo del “gatillo fácil”⁸, del ajuste de cuentas entre bandas o simplemente hijo de un *Quítame de aquí estas pajas*.⁹

⁸ Refiere a la política policial de lucha contra el crimen que se basa en la protección legal a los miembros del cuerpo policial cuando directamente dan muerte a supuestos o efectivos criminales sin otorgarles posibilidades de negociación o rendición.

⁹ Expresión que indica una discusión banal, de escasa importancia, superficial.

REFERENCIAS

BADINTER, Elizabeth. **XY**: sobre a identidade masculina. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1993.

BOURDIEU, Pierre. Razones prácticas, sobre la teoría de la acción. Barcelona: Anagrama, 1997.

BOURDIEU, Pierre. Futuro de classe e causalidade do provável. In: **Escritos de educação**. Petrópolis: Vozes, 1998, p.81-126.

BOURDIEU, Pierre. **Intelectuales, política y poder**. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

BOURDIEU, Pierre. La Distinción. Crítica y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus, 1988a.

BOURDIEU, Pierre. **A dominação masculina**. 3 ed. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2007.

COLES, T. Negotiating the field of masculinity: The production and reproduction of multiple dominant masculinities. **Men and Masculinities**, v.12, n.1, p.30-44, 2009.

CONNELL, Robert. **Gender and power**. Society, the person and sexual politics. Stanford, California: Stanford University Press, 1987.

COUTO, M.T. Estudos de famílias populares urbanas e a articulação a com gênero. **Revista Antropológica**, v.6, n.1, p.197-216, enero/diciembre 2005.

ELIAS, Norbert. The civilizing of parents. In: GOUDSBLOM, S.; MENELL, S. (ed) **The Norbert Elias reader**: a biographical selection. Malden: Blackwell Publishers, 1998, p.189-211.

EPSTEIN, D.; JOHNSON, R. Jovens produzindo identidades sexuais. **Revista Brasileira de Educação**, v.14, n.40, p.83-92, jan/abr 2009.

FEIXA, C. **De jóvenes, bandas y tribus**. 3 ed. Barcelona: Ariel, 2006.

FEIXA, C.; LECCARDI, C. O conceito de geração nas teorias sobre juventude. **Revista Sociedade e Estado**, v.25, n.2, p.185-204, agosto 2010.

GOFFMAN, Erving. **Estigma**: notas sobre la manipulación de la identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.

GONÇALVES, H. S. Juventude brasileira, entre a tradição e a modernidade. **Tempo Social**, v.17, n.2, p. 207-219, novembro 2005.

- HEILBORN, Maria Luiza. Construção de si, gênero e sexualidade. In: HEILBORN, M. L. (org) **Sexualidade: o olhar das ciências sociais**. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1999, p. 40-58.
- KIMELL, Michael S. A produção a simultânea de masculinidades hegemônicas e subalternas. **Revista Horizontes Antropológicos**, v.4,n.9, p.103-117, jan/jun 1998.
- LAURETIS, Tereza de. A. A tecnologia do gênero. In: HOLLANDA, H.B. (org) **Tendências e Impasses: o feminismo como crítica da cultura**. Rio de Janeiro: Rocco, 1994, p.206-242.
- LOURO, Guacira Lopes. A emergência do gênero. In: LOURO, G.L. (ORG) **Gênero, sexualidade e educação: uma perspectiva pós-estruturalista**. Petrópolis: Vozes, 1997, p.14-36.
- MARGULIS, M.; URRESTI, M. La juventud es más que una palabra. In: MARGULIS, M. (ed.) **La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud**. 3 ed. Buenos Aires: Biblos, 2008, p.13-30.
- NASCIMENTO, E.F.; GOMES, R. Marcas identitárias masculinas e a saúde de homens jovens. **Cadernos de Saúde Pública**, v. 24, n.7,p.1556-1564, julho 2008.
- OLIVEIRA, P.P. **A construção social da masculinidade**. Belo Horizonte: EDUFMG, 2004.
- OLIVEIRA, Roberto Cardoso. O eu, suas identidades e o mundo moral: a liberdade do sujeito ético. In: **Caminhos da identidades: ensaios sobre etnicidade e multiculturalismo**. São Paulo: EDUNESP, 2006, p.59-86.
- ORTNER, Sherry B. Subjetividade e crítica cultural. **Revista Horizontes Antropológicos**, v.13,n.28,p.375-405, dezembro 2007.
- PINHO, Osmundo. A fiel, a amante e o jovem macho sedutor: sujeitos de gênero na periferia racializada. **Saúde e Sociedade**, v.16, n.2, p.133-145, agosto 2007.
- RADCLIFFE-BROWN, A.R. On joking relationship. In: **Structure and function in primitive society**. London: Cohen & West, 1971, p.90-104.
- ROMANELLI, G. Socialização, grupos de pares e relações jocosas. Departamento de Psicologia, Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de Ribeirão, Universidade de São Paulo, 1995.(manuscrito não publicado).
- ROMANELLI, G. Famílias de camadas médias e escolarização superior dos filhos. In: NOGUEIRA, M.A.; ROMANELLI, G.; ZAGO, N. (org) **Família e escola: trajetórias de escolarização em camadas médias e populares**. Petrópolis: Vozes, 2008, p.99-123.

SALEM, T. Tensões entre gêneros na classe popular: uma discussão com o paradigma holista. **Mana**, v.112,n.2,p.419-447, outubro 2006.

SCOTT,Joan. Gênero: uma categoria de análise histórica. **Educação & Realidade**. V.16, n.2,p.5-22,jan/abr 1990.

SETTON, M.G. A socialização como fenômeno social total: notas introdutórias sobre a teoria do habitus. **Revista Brasileira de Educação**, v.14, n.41,p.296-307, maio/ agosto 2009.

SOUZA, E.R.; LIMA, M.L.C. Panorama da violência urbana no Brasil e suas capitais. **Ciência & Saúde Coletiva**, v.12, p. 1211-1222, 2006.

Artigo:

Recebido em: 14/10/2011

Aceito em: 29/11/2011